

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

*Año IX*

*Barcelona 27 de Enero de 1898*

*Núm. 375*



*(Prohibida la reproducción)*

Un caso de sugestión,  
que me obliga á meditar:  
la mujer hipnotizada  
guarda bien la horizontal.

## Burlas y veras

CARTAS DE UNA PROVINCIANA  
Á UNA MADRILEÑA



(Prohibida la reproducción)

Adorable Ana: Tus razones discretas han regocijado mi espíritu; precisamente andaba yo cavilosa y triste por la desventura de Cleopatra, de quien fuí amiga valiéndome de los buenos oficios de Shakespeare. ¿Cómo era eso que, presentada por Sellés en la sociedad madrileña, no obtenía el trato afectuoso y político que hasta ahora le otorgaban las personas cultas y reverentes? ¿Acoger con risas á la soberana de Egipto, de quien puede decirse que viene con la escolta de dos príncipes? Dime, ¿en ese Madrid no hay editores que publiquen manuales de educación? ¡Y luego os atreveréis á censurar nuestra pobre y humilde etiqueta provinciana! Puedo asegurarte que en este *lugar* donde vivo se rinde culto más fervoroso á las prerogativas de la inteligencia, y ó mucho me equivoco, ó has de ver que no sufre desaire alguno la hija de los Faraones cuando venga aquí con María Guerrero. Aplazo para tal ocasión el formular juicios, que ahora pudieran parecerte ociosos.

Pero si no puedo contestar á ese extremo de tu carta (no conozco la labor de Sellés sino por la clara idea de tu discurso), no echaré en saco roto la donosura y el ingenio con que culpas á las mujeres de complicidad en la derrota de Cleopatra. Sí, es posible que tengas razón: las *señoritas* no van al teatro á admirar, á *conmoverse*; la platea es un pretexto para exhibir el busto; para que brille la pedrería ó la

seda; para ver al novio; para echar pajaritas al aire, que husmea *bestialmente* el hombre. Tú lo dices, somos hacendosas, sufridas, amantísimas, pero nada más; soplamos el fuego en los fogones ó lucimos en los palacios la hermosura, y sigue tan miserable nuestra condición como en aquel tiempo en que aun no se atrevían á dignificarla... los filósofos. Afirman éstos que hemos vencido; que somos amas, señoras; que manejamos desde las más dulces intimidades del hogar el imperio de los mundos. ¡Bien sabe Dios que mienten! Penetraran en el interior de las casas y verían: nosotras no hemos sido reinas nunca más que en el dominio de las pasiones: ¡y la sugestión de esas es tan breve, efímera y fugaz! La mujer honrada, si quiere rodearse de respetos, levantando á las alturas de la fama su virtud, consume la vida en perdurable sacrificio, y es cuando sale mejor, pero á costa de un reposo mortificado constantemente por las penalidades de su sexo. Si tal ocurre con las buenas, las malas dan en bloque. ¡No todas tenemos la naturaleza ni la travesura de Cleopatra para luchar con el enemigo!

Lo que me pasma, amiga, es que al cabo de tantos siglos de civilización continuemos atadas á la cola de su caballo en estos países occidentales, donde iluminó sus clarísimas luces el sol de la Idea. ¿Y sabes por qué es eso? Porque el hombre nos ha hecho creer que somos mariposas, cuyas alas puede consumir el fuego que enciende el espíritu.

Sinó, fijate : ¿ con qué formas han representado siempre los poetas, los pintores, los artistas todos, la belleza ideal ? Con formas de mujer. ¡ Y, sin embargo, los hombres se burlan á la par del alma nuestra y de nuestro cerebro, proclamándonos impotentes para *sentir* el arte ! ¡ Quieren que no perdamos sensibilidad, como escribes tú ; quieren que nos conservemos fuertes en el *instinto*, halago único de la bestia !

« ¡ Cuánto nos dejan ignorar ! » ¡ Y cuán torpes empeñándose en no revelarnos el secreto de la vida, tal como es, sin velos inútiles ! ¿ Tienen miedo á que se emancipe la hembra ? Te confesaré francamente lo que opino en este punto interesantísimo : semejante temor no reconoce otro origen que la ignorancia del macho. ¡ Los hombres, fuertes, soberanos de la tierra, son tan ignorantes como nosotras, débiles mujeres uncidas al carro de su servidumbre ! Nó, los hombres no quieren que nos levantemos del polvo, porque eso les obligaría á despertar del ensueño dulce ; ¿ sabes por qué defienden que no hay porvenir decoroso para nosotras, si no es en el matrimonio ? Porque las leyes morales á que nos sujetan, irracionales é injustas, les eximen á ellos de toda labor intelectual. ¿ Cuándo nos educan ? Ni sufriendo la tutela del padre, suave y piadosa, ni sufriendo la tutela del marido, despótica é impía.

Pues yo te digo que el ídolo de barro caerá ; se ha iniciado el movimiento, y será inútil que ellos pretendan dirigirlo por el camino de la bicicleta ; nó, no viene por ahí nuestra emancipación ; si ellos no se adelantan, nosotras romperemos la tela de las mentiras convencionales en que está enredada la humanidad.

Entonces no representaremos un papel pasivo cuando príncipes como Sellés y Shakespeare nos ofrezcan la visión de Cleopatra.

Saluda á Octavio Picón, por cuya mano he recibido la tuya. — PEPITA.

Por la copia : CLAK.

---

POR SUIZA



El castillo de Chillon



## Transacción

— Y dígame, don Torcuato: ¿qué noticias me trae usted?... — interrogó don Marcial, mirando con expresión de ansiedad al eminente letrado.

— Tan buenas como pueda usted desearlas... — repuso sonriendo don Torcuato y repantigándose en una butaquita.

— ¡ Ah !... ¿conque buenas?... — tartamudeó el rentista, cuyo rostro linfático se enrojeció y palideció alternativamente al impulso de la hondísima emoción que aleteaba en su pecho.

— Retebuenas — declaró el jurisconsulto, sacando de su petaca de piel de Rusia un habano que encendió con visible fruición.

— De modo, que Antoñita...

— Antoñita consiente en ser su esposa y en hacer de usted el más feliz de los hombres.

El júbilo más intenso resplandeció en las abotagadas facciones de don Marcial. Demasiado conmovido para expresar su alegría y su agradecimiento por medio de la palabra, se levantó de su asiento para dirigirse con los brazos abiertos á su interlocutor, á quien estrechó sobre su pecho.

— ¡ Ah !... — exclamó, por fin, cuando su inmensísima satisfacción le dejó expedita el uso de la lengua. — ¡ Ah !... ¡ cuánto le debo á usted, señor don Torcuato, amigo!

— Nó, don Marcial amigo... nó; no me debe usted más que las dos mil pesetas que me ofreció si salía airoso de mi embajada.

— Y que voy á entregarle á usted inmediatamente — exclamó con acento solemne el rentista.

Metió la llave en el cajón de su *secretaire*, sacó un fajo de billetes de Banco, eligió cuatro de á quinientas pesetas... y preguntó vacilando:

— Pero... ¿pero es seguro eso?

(Prohibida la reproducción)

Echóse don Torcuato á reir, y metiendo la mano en un bolsillo, sacó una voluminosa cartera y « del seno » de ésta un papel que puso entre los temblorosos dedos de su cliente. Era una carta de puño y letra de la hermosa viudita, escrita al letrado, y en la que en términos recatados, pero claros, declaraba aquélla acceder á las pretensiones matrimoniales de don Marcial. Leyóla éste con creciente entusiasmo, que se transparentaba en el brillo de sus ojos amarillentos y en el tic de sus labios descoloridos. Luego alargó los billetes al letrado, en tanto que una sonrisa de triunfo dejaba ver el ennegrecido esmalte de su doble y mermada hilera de dientes.

— Permítame usted, señor don Torcuato, que me felicite y que le felicite : ha obtenido usted una victoria que, al mismo tiempo que colma todos mis deseos, le honra á usted y prueba sus altas capacidades diplomáticas.

— La verdad es — dijo el jurisconsulto, metiendo con notorio placer los papeles fiduciarios en su cartera ; — la verdad es que la batalla no resultaba fácil de empeñar y menos de ganar. Doña Antoñita se mostraba muy poco dispuesta á transigir el pleito por medio de un matrimonio, y ha empezado por decirme que entre dos males prefiere el menor : que entre perder el asunto con costas y todo, ó casarse con usted, estaba por lo primero.

Don Marcial hizo una mueca.

— Sin embargo, ha conseguido usted...

— Claro que he conseguido : ¿ de qué, sinó, me hubieran servido mi dialéctica, mi elocuencia, mi conocimiento del corazón humano ?...

— Supongo — indicó don Marcial — que le habrá usted hecho una descripción poética, enternecedora de la pasión vehemente, del dulcísimo afecto que me han inspirado su gracia, su belleza, sus cualidades físicas y morales...

— ¡ Qué duda tiene !... Creo haber desarrollado este punto en elocuentísimos y bien redondeados períodos. He llegado hasta á afirmar que el obtener la mano de doña Antoñita, el conquistar el derecho de su posesión legítima, era para usted cuestión de vida ó muerte.

— Muy bien dicho, don Torcuato ; muy bien dicho...

— Pero, si he de ser franco...

— ¿ Qué ?

— Pues... me parece que lo del amor de usted le ha hecho poquísimos efectos á la hermosa viuda.

— ¡ Oh !... con que usted cree...

— observó desconcertado el rentista.

— Sí, señor ; lo creo. Cuando yo le hablaba de la pasión de usted, me oía como quien oye la lectura de un apuntamiento.

Don Marcial hizo una segunda mueca ; tragó saliva, y murmuró esta pregunta :

— ¿ Cómo ha conseguido, pues, usted convencerla ?

— Por medio de un argumento acerca de cuya eficacia estaba ya seguro : « Señora, la dije, crea usted que casando con don Marcial hace usted un negocio redondo, magnífico. Verdad que es un novio poco apetecible : viejo, feo, raquítrico (aquí don Marcial hace una tercera y horrible mueca) ; pero ese matrimonio le brinda á usted una doble é inapreciable ventaja : en primer lugar, logra usted terminar un pleito intrincado, ruinoso, y cuyo término es imposible prever. En segundo lugar, se asegura usted la riqueza y el porvenir, porque don Marcial



El demonio de la vanidad

(Prohibida la reproducción)

goza de una posición brillantísima.» Y como viese que mi linda interlocutora vacilase todavía, he apelado al gran golpe : al argumento irresistible en semejantes casos.

— Pues ¿ qué le ha dicho usted ? — preguntó el rentista hondamente escamado.

— Le he dicho sencillamente : « Aproveche usted, señora, esta ocasión única que se le presenta : la ganga inapreciable que la Providencia le depara. Cásese usted con don Marcial, siquiera sea para ser su viuda dentro de un par de años... »

— ¡ Re... concho ! — rugió el interesado ; — ¿ eso le ha dicho usted ?

— Eso mismo ; y para decidirla he añadido que tenía usted una afección cardiaca, otra en el hígado y otra en los bronquios. Entonces ha sido cuando ella ha aceptado el casarse con usted.

— ¡ Justo ! ¡ para ser mi viuda !... — exclamó aterrado don Marcial.

— Precisamente — concluyó muy tranquilamente el abogado. — Ahora, compongá-selas usted para dejarme á mí en mal lugar como profeta : á mí no me importa.

JUAN BUSCÓN.

### Y nuestro Juan...

El tío Ramón, cabizbajo  
y con sombría mirada,  
dejó en un rincón la azada  
cuando volvió del trabajo :  
y á una mujer, cuya sien  
orlan cabellos de nieve,  
dijo con acento breve :

— ¿ También sin carta ? — También.

La anciana exhaló un suspiro  
y el hombre, con pesadumbre,  
quedó mirando la lumbré  
alzarse en constante giro...

Dos años van á expirar  
desde que Juan fué á la guerra,  
abandonando su tierra  
y los goces del hogar.

Y tres meses han pasado,  
¡ tres meses abrumadores !  
sin tener los labradores  
noticias de su soldado.

Callados están los dos,  
pensando en el hijo ausente,  
cuando se oye de repente  
un : — ¡ Buen día nos dé Dios !

Y al volverse á contemplar  
al visitante importuno,  
se encuentran con el tío Bruno,  
el alcalde del lugar ;

que en la puerta, muy serrote  
y con gesto avinagrado,  
se detiene, reclinado  
sobre un tremendo garrote.

— ¡ Hola, Bruno ! Buenos días. —  
Y el marido y la mujer  
vuelven de nuevo á caer  
en sus ideas sombrías.

El tío Bruno, vacilante,  
pregunta, al par que se sienta :  
— ¿ Y del muchacho, no hay cuenta ?  
— Ni dos letras. — ¡ Ah, tunante !

La autoridad se rascó  
el atezado cogote,  
y mirando su garrote,  
con voz falsa preguntó :

— ¿ Conque dicen de la guerra  
que no se acaba tan pronto ?  
¡ El Gobierno es lo más tonto

que se conoce en la tierra !

¿ Y el muchacho no os escribe ?

— Nos escribió tiempo há.

— ¿ Y ahora por dónde vá ?

— No sabemos. — ¿ Pero... vive ?

Ante esta pregunta, el padre  
tembló sin saber por qué,  
en tanto que, puesta en pie,  
ansiosa gritó la madre :

— ¡ Habla, Bruno, por favor !

Tú sabes algo, de fijo.

— Vamos, cálmate. — ¡ Ay, mi hijo !

— ¡ Ea, tener más valor !

Puede que lloréis en balde.

No será lo que yo sé...

— ¿ Pero tú qué sabes ?

— ¿ Qué ?

¡ Ojalá no fuera alcalde !

Que esto no dá siempre rosas,  
que me estoy teniendo á raya  
por estar sereno y... ¡ vaya !  
¡ que no sirvo pá estas cosas !

Y delatando su pena  
con aquellas maldiciones,  
dos brillantes lagrimones  
surcaron su faz morena.

— Pero, Bruno, ¿ qué hay de cierto ?

— Que hallaron al enemigo...

— ¿ Y nuestro Juan ?

— ¡ No lo digo !

— Cayó, ¿ verdad ?

— ¡ Cayó !

— ¡ Muerto !!

— Murió, sí ; tras una hazaña,  
luchando como una fiera,  
abrazado á su bandera  
y al grito de ¡ viva España ! —

Dorando lo alto del monte  
se escondió el astro del día ;  
la niebla, cerrada y fría,  
invadió el negro horizonte.

Y el aire, ronco y siniestro,  
llevóse en rápidos giros  
el eco de dos suspiros  
y el rumor de un Padre-nuestro.

CLETO.



— ¡Cuánto tarda! Afortunadamente, pagará la cerveza... ¡Ojalá, que por cada lámina este álbum que he hojeado ya diez veces pudiera sacarle otra de la ¡Deuda!



— No tengas miedo, adelante.  
— Es muy fácil patinar.

(Prohibida la reproducción)

## Amor pio

Srta. D.<sup>a</sup> Ana Pérez de Hurtado.

¿ Recuerda usted aquella tarde de estío esplendoroso que pasamos juntos en Villa-Roma ? Reinaba en el gran salón un claro obscuro discreto ; teníamos los balcones entornados para que nos socorriese la brisa y no hiriera los ojos el vislumbre de un sol meridional que encendía en ascuas el horizonte ; en un ángulo jugaban al ajedrez los dos viejos, y nosotros entreteníamos el ocio dulce de nuestra juventud parafraseando á Wagner. Y no sé si sucedió por influjo de la música : si el espíritu de usted, templado como el mío al unísono con aquellas vibraciones valientes, ganó las alturas de la idea, desde donde se descubre la vida triste y miserable ; pero no se me olvidará nunca aquella gracia con que se inclinó el cuerpo, y se dobló la cabeza, mientras los dedos herían desmayadamente el teclado del Erard. En esa actitud primorosa me dijo usted con voz apagada todas estas heregías :

— Yo no creo en el amor ; le confieso á usted que me pone triste el pensar que llegue día en que me enamore ; mire los viejos con qué mesura mueven sus peones : ¿ si usted fuera mi prometido tendría paciencia para seguirme el juego ? ¿ Y no es triste que toda la ilusión, todo el encanto, todo el fuego de la juventud, paren en eso, en una simple partida de ajedrez ? En el amor, amigo mío, no hay más que nervios, y si estoy condenada á querer como todas las criaturas, déme la suerte una pasión violenta, tempestuosa, que agote mi sér y mis energías antes que blanqueen mis cabellos. Los viejos han adelantado la partida de la noche, porque nos honra usted con su visita hoy ; si no fuera eso, estarían durmiendo. ¿ Y ha visto usted cosa más prosáica que la siesta ?

\* \* \*

De eso van cumplidos tres años. Ahora daré á usted la respuesta: no hay sólo nervios en el amor.

La otra noche, una de las últimas de otoño, muy fría, cruda, como si fuera noche de



invierno, me detuvo en la Rambla un cuadro hermoso. Estaban sentados en las sillas dos viejos, marido y mujer seguramente; él, enfundado en su gabán pobre, raído y con bufanda al cuello; ella, mal cubierto el busto de la crudeza de la intemperie, con un mantoncillo vergonzante. Eran viejos; él más que ella; pero la mujer parecía anémica, delicada, víctima de los dolores amargos que nos cuelgan como cruz en este mundo. No hacía falta ser avisado para descubrir lo siguiente: que aquellos dos seres eran forasteros en la población.

Habían llegado, sin duda, por la tarde, de paso para su país; llevaban quizás el dinero justo, tasado para el viaje, y una desastrosa combinación de trenes les obligó á pernoctar en este punto. Se puede dormir en las posadas á poco coste; pero hay, amiga mía, sacrificios horribles en la existencia; no todos los humanos reúnen una peseta en su monedero. Para aquellos miserables abandonados en una ciudad desconocida no hubo otro remedio que esperar al raso, sufriendo los rigores de la intemperie, la hora de acomodarse en un vagón.

Pues mire usted, Ana, lo que yo vi: ella dormía con la cabeza recostada en el hombro del viejo; y él la cobijaba amorosamente, prestándole el calor de su brazo. Tenía los ojos muy grandes y muy despiertos, y su pupila se fijaba ardorosamente en todos los que iban Rambla arriba, Rambla abajo, como macho receloso que vigila el sueño de la hembra.

Nó, yo no descubro palabras en que recoger la poesía de aquel cuadro del arroyo, que arrebató mi espíritu, llenándole de unción religiosa. ¡ La mujer dormía confiada en el cariño del hombre !

No acaba la ilusión, el fuego y el encanto de la vida en distraer el ocio jugando al ajedrez. Nó, Ana; las almas no se dejan arrebatarse por el amor, vienen ya al mundo amorosas; y luego que pasan los delirios locos de la juventud, queda la piedad en los espíritus. ¡ Ciegos, pobres, pusilánimes son los que no sienten reverdecen esta juventud perfumada y dulce en sus almas !

Han pasado muchos días, muchos, desde que quise consolar aquel descreimiento triste. ¡ Si usted, Ana, pudiera ver como yo veo aquella visión esplendorosa de los dos viejos que juegan al ajedrez, en aquel retiro elegante y cómodo Villa-Roma, y los otros dos viejos que descansan en medio del arroyo, esperando el momento de que la luz rosada del nuevo día les preste abrigo y les empuje adelante !

Entonces usted creería, como yo creo, devotamente en el amor.

J. F. LUJÁN.



¡ Cataplúm! Ya está en el suelo.  
¡ Si llega á ser de cristal!

(Prohibida la reproducción)



La Saeta ]

La tertulia de la tipl

(Prohibida la reproducción)



La Saeta

Que vamos á empezar

(Prohibida la reproducción)

## Reaños

Resonaban en la taberna las frases poco urbanas de los jugadores, que habían metido en la brisca todo su interés y toda su alma. Ramón y Crisanto parecían querer reproducir la camorra de días pasados, y aprovechaban todos los incidentes del juego para armar alboroto. Y al fin sucedió lo que era de esperar: el odio comprimido estalló con violencia en sus pechos y Ramón se levantó, con los puños cerrados y los ojos echando lumbre, diciendo á su contrario:

— Tú eres un morral indecente, que no puede estar entre hombres.

— Sobre todo entre hombres como tú — contestó Crisanto, poniéndose en pie.

— Ven pá fuera, chillón.

— Más vale que vayas á ver si tu mujer está con el señor Antonio...

Aquello fué un relámpago: Ramón lanzó un terro terrible, y sin saber cómo, los dos rivales se abrazaron con abrazo



de rabia, de locura, apretándose mutuamente como dos fieras. Rodaron las banquetas, gritaba el tabernero, buscaban todos la salida, y dominando aquella confusión, oyóse de repente un acento angustioso que decía: ¡Ay, madre!

Y Crisanto vino al suelo, arrojando un chorro de sangre por el vientre, mientras Ramón retrocedía dos pasos, apoyándose en el mostrador, pálido, extraviado, apretando entre sus dedos la navaja enrojecida...

Cuando poco después salía de la taberna entre dos guardias, atado codo con codo, y la gente se agolpaba á la puerta para ver el muerto, el oficial de la peluquería del lado dijo á un señor, á quien tenía á medio pelar:

— Nada, D. José, cuestión de faldas. Eso mismo hubiera pasado aquí hace tiempo si mi maestro tuviera más reaños...

Va usted á lucirlo, señorita!

(Prohibida la reproducción)

V. SERRANO CLAVERO.

### Veni, vidi, vinei

El lunes la conocí:  
una mujer hasta allí  
me pareció Rosalía.  
¡Qué escalofríos sentí  
cuando me miró aquel día!

Después de aquel sí tan grato,  
llegó el martes y la ví  
en su tocador un rato;  
su retrato le pedí  
y al punto me dió el retrato.

El jueves, con loco exceso,  
al mirar con embeleso  
sus labios de grana, yo...  
me atreví á pedirla un beso;  
y en seguida me lo dió.

Con esa dulce emoción  
que el fuego de la pasión  
despierta en los corazones,  
al pedirla relaciones  
accedió á mi petición.

El miércoles, viendo aquellos  
cabellos rubios y bellos,  
pedí á la mujer querida  
un rizo de sus cabellos;  
y me dió el rizo en seguida.

• • • • •  
Mi pedigüena porfía  
miré, á la postre, acabada  
cuando terminó ese día;  
porque el viernes... ¡no tenía  
absolutamente nada  
que pedirle á Rosalía!

FRANCISCO J. ESTEVAN.



(Prohibida la reproducción)

- El autor te ha favorecido en ese papel ¡ Estás muy mona !  
— Nó, el autor, nó; la modista; gracias á ella aplauden los gomosos de la platea.



La fuente del amor

*(Prohibida la reproducción)*

## Cleopatra

(Cleopatra espera impaciente noticias de su amante Marco Antonio. Llega un mensajero de Roma, que es rebibido por la reina.)

ALEXAS. — Señora, un mensajero.

CLEOPATRA. — ¿De Roma?

ALEXAS. — Sí.

CLEOP. — ¿Y por qué no ha entrado ya?

(Entra el mensajero. Cleopatra, al verle, se va hacia él rápidamente, y le dice:)

— Apresúrate á volcar tus noticias en mis oídos, tanto tiempo cerrados.

MENSAJERO (vacilando).

— Señora... Señora...

CLEOP. — ¿Ha muerto Antonio? Si lo dices, vienes á matar á tu ama... Este hombre es un miserable asesino... Pero dí que está sano y libre, y ahí tienes montones de oro. Y aquí está mi mano para que te hartes de besar sus venas más azules. Estas manos que han besado con temblor los reyes.

MENSAJ. — Está en paz.

CLEOP. — Respiro. Toma, toma ese oro. (Dándole dinero). Más. Cuanto quieras. Pero explícate. También de los muertos suele decirse que están en paz. Si has querido decirlo así, todo ese oro que te he dado, tuyo será, pero fundido, fundido te lo haré tragar por la maldecida boca.

MENSAJ. — Oyeme, señora.

CLEOP. — Continúa. Tu rostro me anuncia buenas noticias. Si Antonio está vivo, ¿por qué no me lo has dicho desde el comienzo? Si no lo está, también desde el principio debieras haberte presentado como una fiera coronada de serpientes.

MENSAJ. — Si no me escuchas...

CLEOP. — Siento más deseos de arrastrarte que de oírte. Sin embargo, dime que Antonio es amigo de César, que no es cautivo suyo y haré que caiga sobre ti otra lluvia de oro con granizada de perlas.

MENSAJ. — Está bueno.

CLEOP. — Empiezas á hablar bien.

MENSAJ. — Y en paz con César.

CLEOP. — Este hombre es un hombre honrado.

D. Eugenio Sellés

MENSAJ. — César y él son más amigos que nunca.

CLEOP. — Hoy vas á hacer tu suerte.

MENSAJ. — Pero...

CLEOP. — Me desagrada ese *pero*. Pero es carcelero que guarda detrás de sí muchos malhechores. Te ruego que derrames en mi oído todas tus noticias juntas y de un golpe. Has afirmado que Antonio está con salud, en paz con César y libre.

MENSAJ. — No he dicho que libre. Está ligado á Octavia.

CLEOP. — ¿A Octavia?

MENSAJ. — A su lecho.

CLEOP. (á su esclava Carmia). — Carmia, ¿entiendes tú lo que dice?

MENSAJ. — Está casado con Octavia.

CLEOP. (Furiosa y dando un grito salvaje). — ¡Confúndante todos los rayos del cielo! (Golpea al mensajero).

MENSAJ. (Aterrado). — ¡Señora!...

CLEOP. (Arrojándose sobre él y tirándole al suelo). — ¿Sabes lo que has dicho? ¡Traidor! ¡Vil! Voy á arrancarte la lengua que

lo ha dicho y los ojos que lo han visto, y hacer que rueden delante de mí. (Lo ase

CLEOP. — Hermano de César, apártate y espera. Tu túnica traerá todavía el perfume

ctavia.  
No lo temas; los han aventado  
brisas de los aires que la separan

— Volverás con tu mujer.  
Se la he devuelto á su hermano.  
ni Cleopatra no era vivir. Desde  
e sorbía irresistiblemente y por  
es se me enroscaba mi culebra

— ¿Para cuánto tiempo?  
Te lo juro, único amor mío. Mo-

pto.  
— Pues entonces, si no mientes,  
va en tu sepulcro.

— *hace sentar á Antonio en el suelo  
u cabeza en el regazo de la reina).*

Más quiero morir así que vivir  
n las grandezas del Capitolio.  
ra aquel trabajar de la colmena  
: me fatiga la obligación de pen-  
os los romanos. Mi autoridad,  
mis conquistas de Armenia y  
rcera parte del mundo que me  
omo triunviro de Roma: todo  
do cae ahora en tu falda para  
con ello como juegas con tus  
jandría.

— ¿Renuncias á tu fuerza?  
Qué me importa perderla, mien-  
erve para sostenerte así en los

César te llamará á Italia.  
enga él aquí si necesita encon-  
enseñaré lo que son las glorias

— ¿Qué sabe de ellas, si no co-  
noce el triunfo de ser amado de Cleopatra?  
¿Qué sabe de esto ese rapazuelo con canas  
en el corazón, que sólo halla placeres en el  
mando, que pone todos sus amores en esa  
vieja prostituta llamada Roma?

CLEOP. — Roma está perdida si te sepa-  
ras de César.

ANT. — Sálvela él si puede. Allá se las  
haya y se las gobierne con sus poetas, sus  
jurisconsultos, sus oradores y sus legionar-  
rios. El á los negocios; yo á tus amores.  
Sólo quiero de Italia una cosa: sus vinos.

CLEOP. (A los esclavos que la rodean). — Le-  
vantad en la plaza pública una tribuna de  
plata, y sobre ella dos tronos de oro. Quiero  
festejar tu llegada presentándonos juntos  
al pueblo de Alejandría.

ANT. — Y para completar el festejo, pro-  
clamaré reyes de reyes á nuestros hijos. Sean  
de Alejandro la Armenia, la Medea y la  
Partia, de Tolomeo la Sicilia, la Cilicia y la  
Fenicia. A ti, Chipre y la Lidia.

CLEOP. — Para tanta solemnidad no basta  
mi manto real ni mi corona. La amada del  
omnipotente Antonio es más que mujer y  
más que reina. Vestidme, pues, el traje de  
la diosa Isis.

malas se publiquen por sí solas.

MENSAJ. — Es mi deber.

CLEOP. — ¿Está casado?

(El mensajero calla).

— No lo ocultes; porque lo repitas, no  
he de aborrecerte más de lo que te abor-  
rezco ya.

MENSAJ. — Sí, señora.

CLEOP. (Volviendo á la furia). — ¿Lo con-  
firmas? Véte, véte, véte de aquí. No quiero  
verte. Así tu rostro fuera el de Narciso, me  
parecerías un monstruo. ¿Conque está  
casado? Dilo.

MENSAJ. — No es justo castigarme por lo  
que me obligas á repetir. Está casado.

CLEOP. — Pues su vileza es tanta, que te  
hace vil á ti porque lo dices. Véte; las mer-  
cancías que traes de Roma son muy caras  
para mí. Guárdatelas y llévente á tu per-  
dición.

\* \* \*

(Antonio, de regreso de Roma, saluda á  
Cleopatra).

ANT. — ¡Reina mía!

CLEOP. — Lo era. Ahora, reina sólo de  
Egipto.

ANT. — ¡Cleopatra!



CAR.—Los sacerdotes se escandalizarán.

CLEOP.—Pues qué, ¿no me caerá mejor que á ella? Los sacerdotes me adorarán con la frente en el suelo.

CARMIA.—Pero, ¿no será profanación?

CLEOP.—¡Profanación! La habrá cuando vuelva á la diosa el traje que ha ceñido mi cuerpo.

ANT.—A la mesa.

CLEOP. (*Echándole el brazo al cuello*).—Pero así, para que todos nos vean unidos por el lazo perpetuo.

ANT.—Desceñidme la espada. Me estorba para abrazarte. Guárdala tú como otras veces.

EUGENIO SELLES.

## La venganza del labrador

(EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA)

A mi querido padre D. José Collado

En la época de la invasión francesa en España, ocurrió, en los límites de la región catalana un episodio que merece ser relatado.

En uno de los frecuentes combates con aquellas tropas, llevamos nosotros la peor parte y aun cuando la población tuvo que rendirse, no fué sin gigantescos esfuerzos que costaron al enemigo innumerables bajas y la pérdida de uno de sus jefes más estimados. Cayeron prisioneros algunos voluntarios catalanes con su jefe, que inmediatamente fueron conducidos á una fortaleza. Decíase que á la madrugada del siguiente día iban á ser fusilados.

Con dicho motivo un tal José Llorens, apodado el *Esquerrá*, iniciador de varias campañas en contra de los franceses y primo hermano del jefe de voluntarios preso, no se dió punto de reposo para hacer algo en su favor y en el de sus compañeros. Al efecto, se armó de un trabuco, y ya cerrada la noche se dirigió al camino que conducía al castillo.

La circunstancia de estar la luna en el creciente le inquietaba, pues comprometía su arriesgada empresa. En cambio, le favorecía el frío glacial de aquella noche de Enero.

El plan del *Esquerrá* era penetrar en la fortaleza sin ser visto. Después él ya se arreglaría para llegar al aposento de los prisioneros. La idea á simple vista no podía ser más disparatada, si no hubiese contado con un valioso elemento: sabía que al castillo conducía un camino ignorado, secreto. ¿Pero dónde encontrar el comienzo de aquella senda? Eso quería descubrir el *Esquerrá* á toda prisa, pues apenas faltaban para el cumplimiento del terrible fallo, cinco ó seis horas. La Providencia quiso protegerle en aquella apurada situación, y cuando desesperaba de salirse con la suya, surgió de pronto por entre unos matorrales una sombra. El *Esquerrá* le soltó el «quien vive», pero viendo que se le contestaba en tono amistoso, bien pronto trabóse entre ambos la siguiente conversación:

— Supongo que conocerá V. esta montaña palmo á palmo.

— Sí que la conozco, por mi desgracia.

— Algo malo le debe de haber ocurrido en ella.

— No me lo recuerde. ¡Malditos franceses!

— Le habrán robado ó incendiado alguna propiedad.

— Han hecho cosa peor. Violentaron la puerta de mi humilde casita; esa que se descubre al pie de aquel pinar, y abusaron despiadadamente de mi pobre Teresa hasta dejarla en el estado más deplorable... Pero he jurado vengarme tan pronto encuentre un corazón valiente y osado que quiera secundarme.

— Pues, cuente con él y veamos de que medios dispone V.

— ¿Está V. dispuesto á ayudarme?

— Tanto lo estoy, que aun después de haberle vengado, pienso recompensarle espléndidamente.

— Gracias... Ahora sígame y procure hacer el menor ruido posible.

El labrador y el *Esquerrá* echaron á andar por entre zarzales. Después de haber subido una pequeña cuesta, se detuvieron al pie de un pozo.

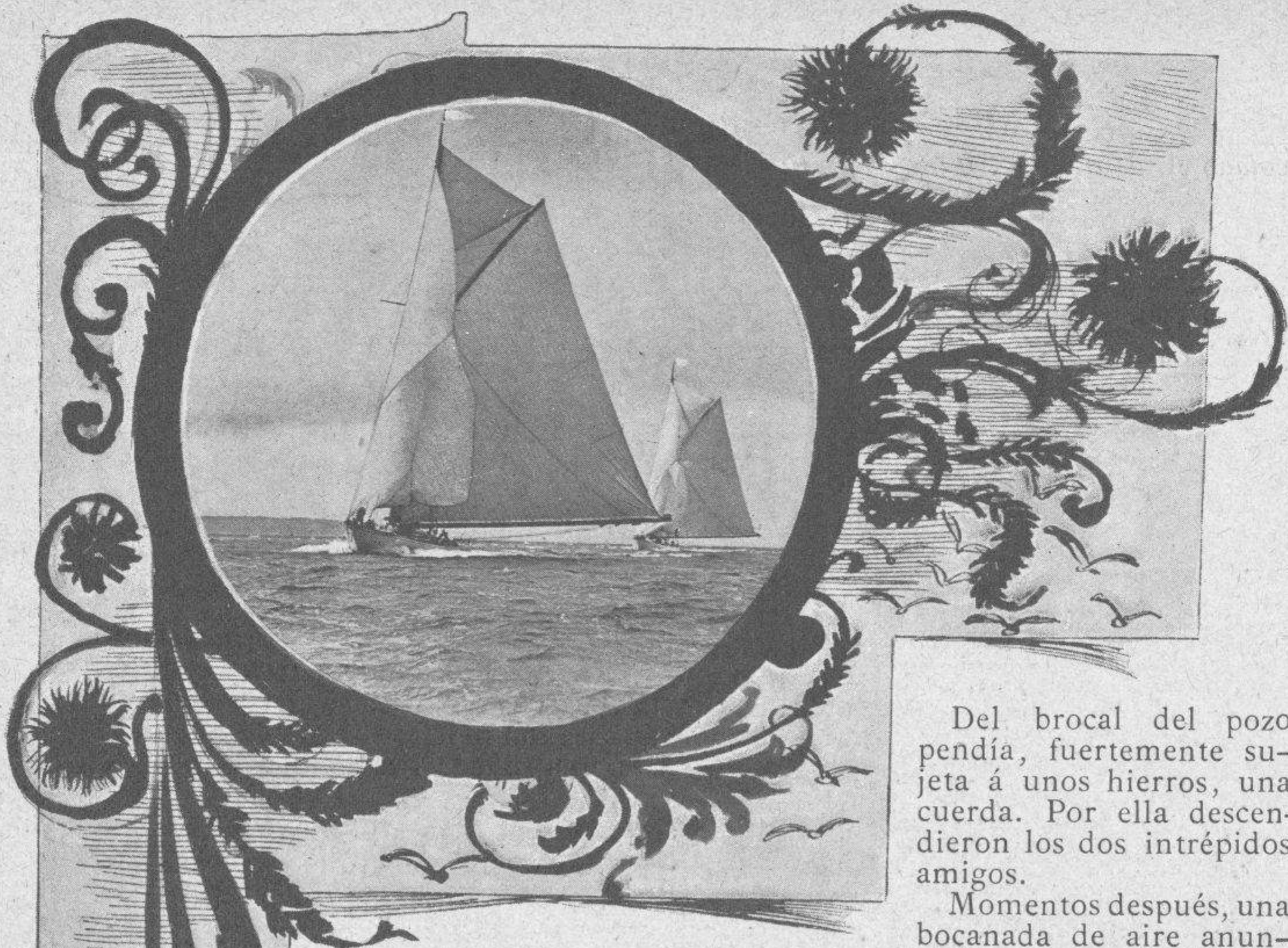
— ¿Ve V. este pozo?—dijo el labrador.—Levantada la plancha de hierro que lo cubre, ofrece una profundidad espantosa. No hay quien sepa que bajando por él pueda llegarse á la fortaleza.

El semblante del *Esquerrá* inundose de la más viva alegría.

— Es decir, — exclamó en voz baja, — que á cierta profundidad existirá alguna puerta que debe comunicar con el camino subterráneo que conduce al castillo.

— Precisamente; sólo que no es puerta, sino un agujero mal abierto por el que se debe entrar con gran cuidado para no caer en el fondo.

— Pues no perdamos tiempo y manos á la obra.



Del brocal del pozo pendía, fuertemente sujeta á unos hierros, una cuerda. Por ella descendieron los dos intrépidos amigos.

Momentos después, una bocanada de aire anuncióles que estaban próxi-

mos á la salida. A poco vieron que por un boquete penetraba el claro resplandor de la luna. Antes de salir, escudriñaron con la vista lo que se les presentaba. Vieron un gran foso de poca profundidad, por el que paseaba lentamente un soldado cubierto hasta las cejas con el capote. Su fusil estaba apoyado en una gran piedra, de manera que ejercía la vigilancia con las manos en los bolsillos. Tal vez el frío intenso que se dejaba sentir le obligaba á obrar así.

El *Esquerrá* observó con penetrante mirada al centinela, y se fijó en la única puerta que había en el foso.

Su primer maniobra fué llevarse la mano al bolsillo para sacar un frasquito que contenía cierta materia soporosa. Aprovechando un instante en que el soldado estaba de espaldas, acercóse con rapidez á él desabrochándole el capote y aplicándole al rostro el dormitivo. El francés cayó sin sentido. Sin perder un segundo le quitó el uniforme substituyéndolo con sus ropas. Se armó entonces del fusil y convertido ya en guardia francesa, se dirigió con grande aplomo hacia la puerta que conducía al castillo.

El primer departamento que se ofreció estaba casi á obscuras. Afortunadamente, penetraba por una ventana del fondo el claro resplandor de la luna. Hacia allí fuese el *Esquerrá*, pero hallándose ya cerca, notó que había pisado á alguno que dejó escapar estas palabras: *¿Qui m' ha trepitjat?* (1). El *Esquerrá* pareció volverse loco de contento, pues se le oyó exclamar por lo bajo y en su dialecto:

— Estos son mis compañeros y por ahí debe de andar también mi primo hermano. ¡Eh! Amigos... ¡Despertad! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Joanet! ¿Dónde está Joanet?

— ¿Quién me llama? — contestó una voz ronca.

— Soy yo; soy tu primo. ¿No me conoces?

— ¡Llorens!

— El mismo .. per o no perdamos tiempo y seguidme si no queréis dejar aquí los huesos.

Aquel puñado de voluntarios no creían en semejante aparición, pero cuando vieron

(1) ¿Quién me ha pisado?

á Joanet y al *Esquerrá* franquear la puerta del foso, ligeros se pusieron todos á su retaguardia sin chistar. Uno por uno fueron metiéndose por el boquete. Cuando se hubo colado el último, se oyeron en el foso las desaforadas voces del centinela, que volviendo en sí, gritaba : ¡ *Trahison!* ¡ *Trahison!*

A los gritos del pobre soldado, despertó sobresaltada la guarnición que al instante se puso en movimiento. No tardó, pues, en oirse por la estrecha covacha el ruido y las voces de los perseguidores, pero ya los condenados á morir en aquella madrugada, junto con sus libertadores, se hallaban en salvo.

Encontrándose todos al pie del pozo, tomó la palabra el *Esquerrá* para decir :  
— Compañeros : la salvación la debéis á este buen hombre que me ha indicado el camino secreto que conduce á la fortaleza ; yo, en recompensa, prometí vengarle de los franceses que llevados de su salvajismo profanaron sin ninguna contemplación la castidad de su hija Teresa. La venganza se va á cumplir en seguida. ¡ Atención !

En aquel momento se oyó un ruido sordo en el interior del pozo, ruido que fué acreciendo acompañado de horribles imprecaciones. Era que al llegar los franceses impetuosamente al fin de aquella senda obscura, les faltaba de pronto el suelo y se hundían para siempre en el fondo insondable.

La venganza del labrador estaba cumplida ; pero faltaba todavía una jornada sangrienta, y ésta no se hizo esperar, por cuanto enterado el emperador de la trastada jugada á la guarnición de aquel fuerte, dispuso que se pusiera en marcha una gruesa columna al mando de un general, con objeto de castigar terriblemente á los ciudadanos de la región catalana.

\*  
\* \*

Pero *el hombre propone y Dios dispone*, reza el adagio, y horas antes de llegar el poderoso enemigo, ya estaba ocupado el castillo por nuestras tropas, y en las calles de los pueblos y en los principales sitios estratégicos de las montañas estaban apostados gran número de voluntarios perfectamente armados y dispuestos á vencer ó morir por la integridad de su territorio.

Horrible, espantoso fué el combate que se libró. Después de un tiroteo nutrido, pretendió la columna francesa asaltar la fortaleza, y tales bríos demostró, que ya casi tocaban los muros ; pero un gigantesco esfuerzo de los nuestros decidió la victoria.

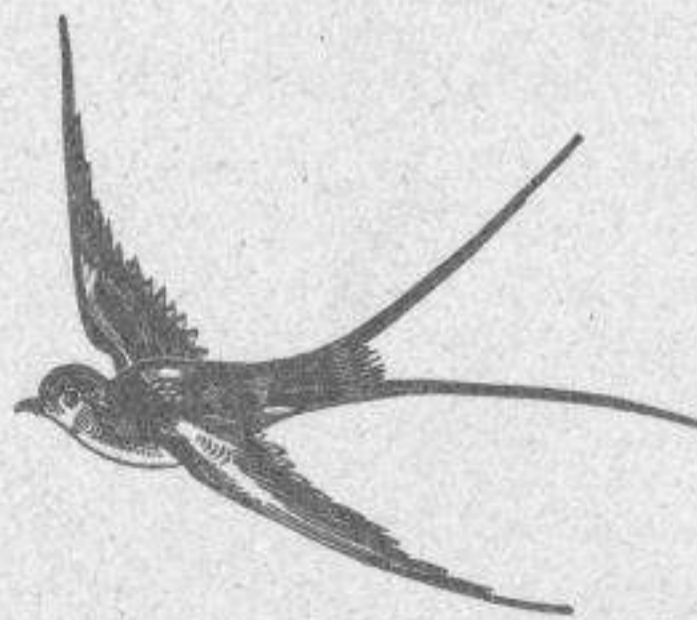
Entre el horrisono estampido del cañón y el fragor de la terrible lucha entablada ya cuerpo á cuerpo, envuelto todo por espesas nubes de humo, rasgado por alguna que otra ráfaga de fuego, causaba horror ver á los combatientes con el rostro ensangrentado, luchar hasta morir.

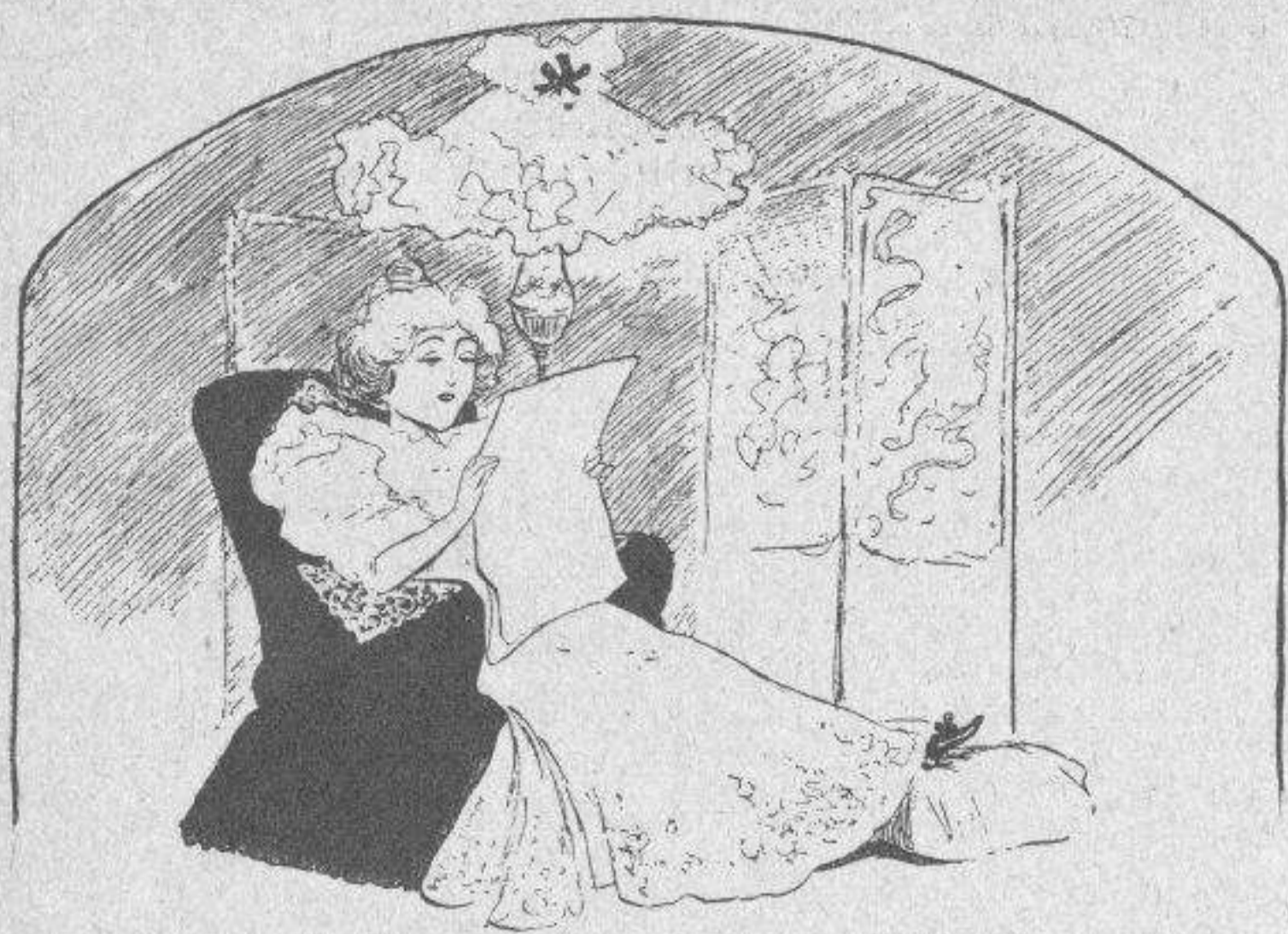
Pero si entre nuestros soldados y voluntarios se registraron sensibles bajas, es lo cierto que la columna francesa sufrió la derrota más espantosa, quedando en el campo centenares de soldados acribillados por la metralla del obús que incesantemente vomitaba aquel fuerte, refugio un día de los mismos que lo atacaban.

El resto del enemigo apeló por fin á la fuga, pero al hacerlo descargó sus furias incendiando una ermita que halló al paso.

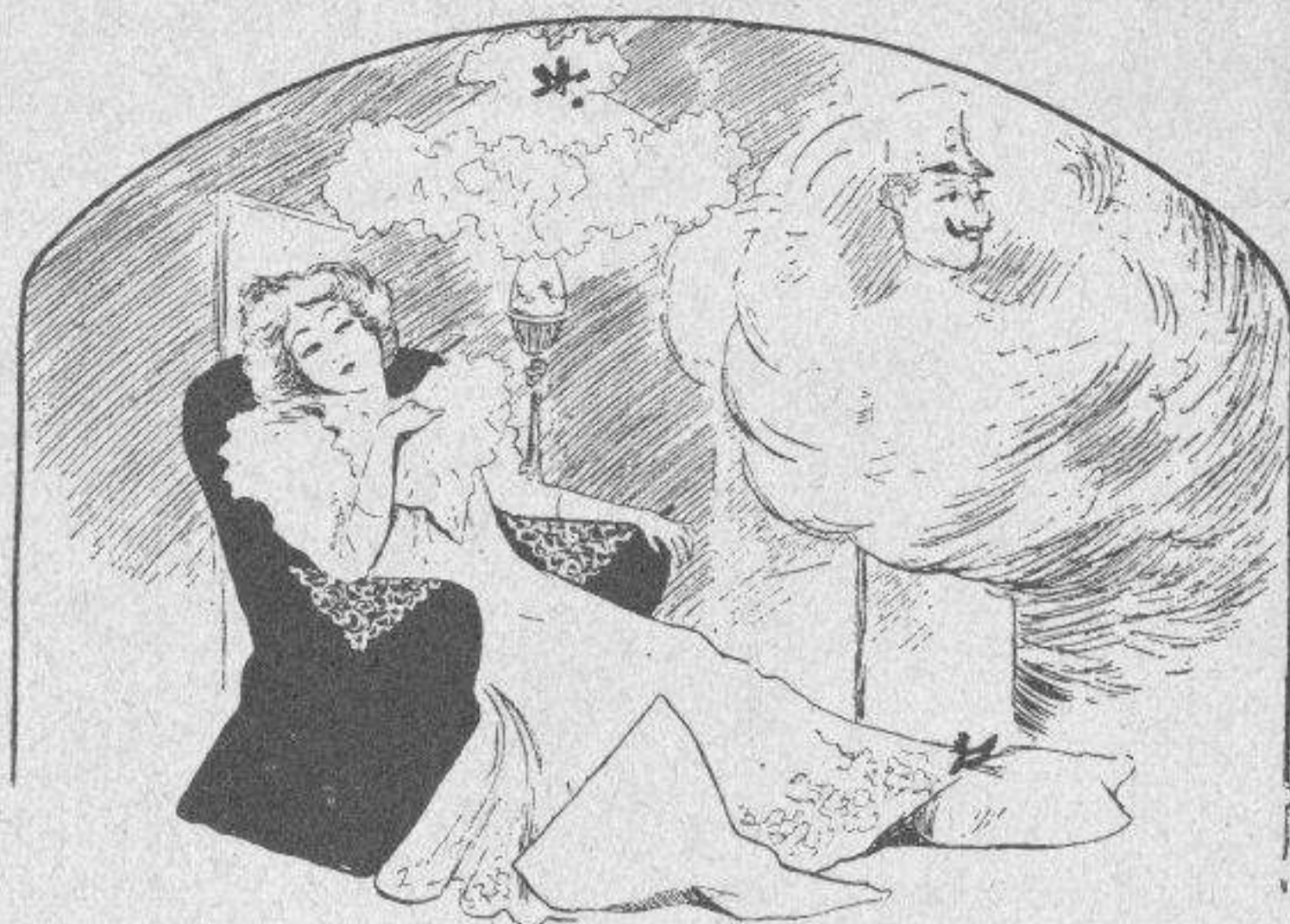
Fué la última *hazaña* de aquellos famosos soldados que valiéndose de la sabiduría del gran emperador, lograron salir victoriosos en todas las naciones del mundo, excepción hecha de la nuestra, como lo prueban el famoso 2 de Mayo y los sitios de Zaragoza y Gerona, dónde, al igual que en la batalla del *Bruch*, de imperecedera memoria, vieron los intrépidos franceses, tremolar glorioso y triunfante, el pabellón de la noble y heroica España.

FRANCISCO COLLADO MARTÍ





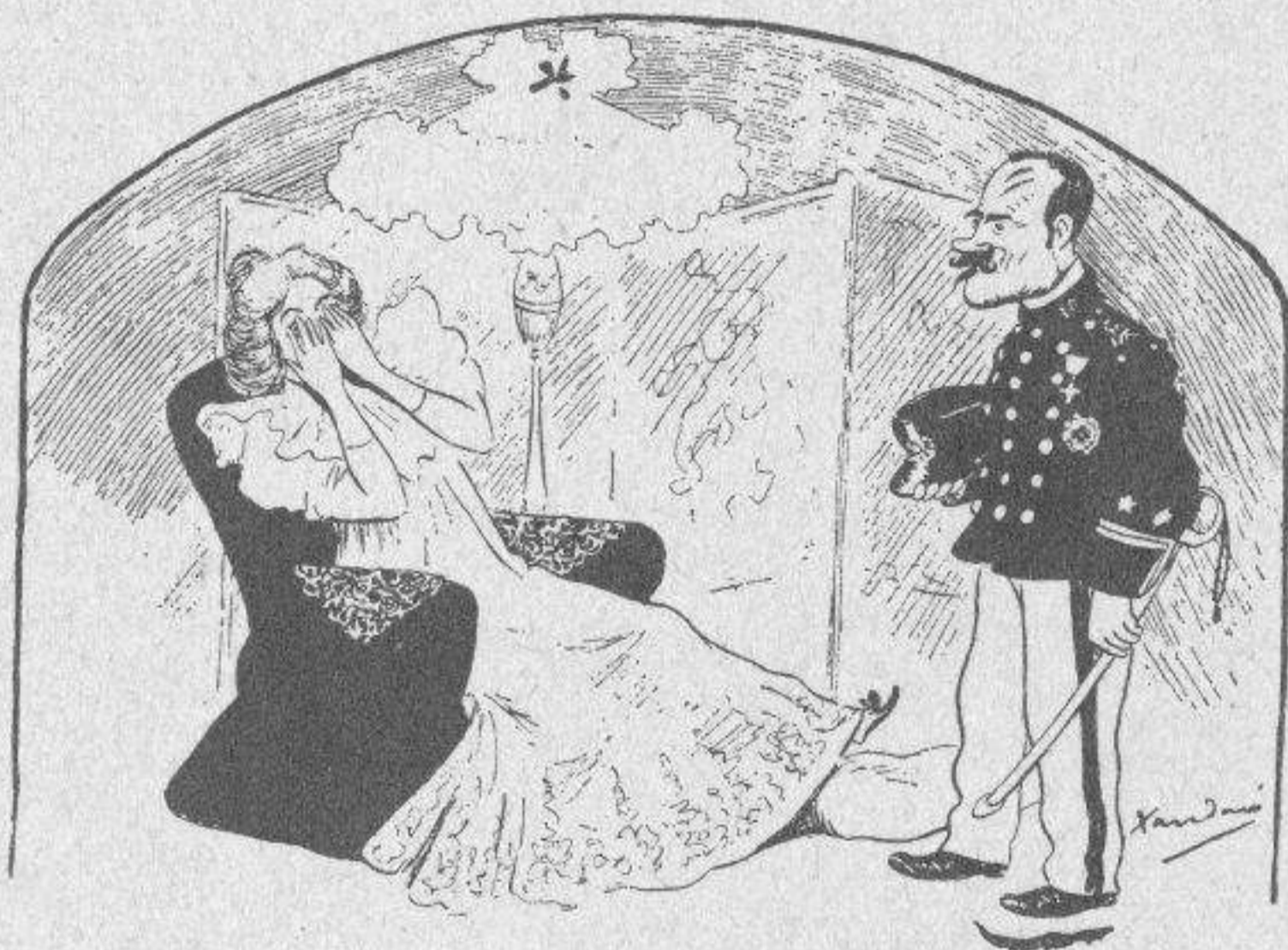
Leyendo. — «Julio Magín ha tomado él solo una trinchera».



Soñando. — ¡ El sólo! ¡ Julio, mi novio!



— ¿ Que ha llegado Magín? ¡ Que pase, que pase enseguida!



— ¡ Santo Dios, y éste es aquél!

## MISCELÁNEA

Obra en nuestro poder un precioso libro titulado *Vislumbres*. Su autor, D. Torcuato Tasso Serra, ha reunido en forma breve, pero aguda, un notable compendio de la filosofía humana, donde se revelan sus notables dotes de observador y un talento fino, regocijado y sutil, para penetrar en las honduras de la vida. El Sr. Tasso posee el sentido de *lo moral*, aderezado en su ingenio con un humorismo adorable.

Se puede hablar largo y tendido de *Vislumbres*, cosa que no ocurre con todas las obras que se dan á la estampa, y así nos limitamos á dar acuse del recibo y las gracias más expresivas por la atención.

Y como queremos que conste que no elogiamos á la buena de Dios, ahí van escogidas sin concierto (no hay página que no resulte provechosa) los correspondientes comprobantes.

\*\*\*

Nunca es demasiado pronto para hacer una buena acción.

—  
Si esperas que los demás te abran calle, no avanzarás un paso.

—  
Por la noche no te asomes á la reja con tu gato, que así no sé qué ojos brillan y puedo sufrir un chasco.

—  
De cualquier lado que te vuelvas, siempre estás de cara á Dios.

En un matrimonio desavenido, las primeras bofetadas suele llevarselas el niño.

—  
Uno es engendrar y otro procrear: quien engendra tiene hijos; quien procrea continúa la especie.

—  
Ir en busca de amistades para romperlas á coces, arañazos y mordiscos, es propio de algunos hombres.

TORCUATO TASSO SERRA.

—♦—  
Declaración de amor de un pollo, á propósito para la estación, como diría un tendero.

— Mira, Elvira, tu madre es un nublado, y como yo la vea mucho junto á tí, no se dejará esperar el trueno.

Las *chispas* de tus ojos no me inquietan, porque mi abanico me sirve de *para-rrayos*.

Todas las *corrientes* de tu electricidad amorosa se dirigen á la vicaría.

Como vea en tí muestra de tempestad, me *aislo*.

La *lluvia* de tus lágrimas fertiliza mis esperanzas.

Si tu mamá sigue refunfuñando cada vez que paso por tu calle, presiento un *choque*.

Las *descargas* de tus sonrisas son las únicas que me consuelan, pues por los alambres de mis miradas vienen á sepultarse en mi corazón.

—♦—

**Cuadrado**

(Por LUIS DEL ARCO)

o o o o  
o o o o  
o o o o  
o o o o

Substituir los ceros por letras, de modo de obtener horizontal y verticalmente lo siguiente:

- 1.º En la escritura. — 2.º Ciudad de Africa. —
- 3.º Color. — 4.º Planta.



**Logogrifo numérico**

1	2	3	4	5	6	7	8	9
8	6	3	4	2	8	8	1	
3	5	6	8	6	7	9		
2	9	5	6	7	9			
6	5	8	1	6				
6	3	4	9					
2	1	7						
8	1							

Substituir los números por letras, de modo de formar en las líneas horizontales ocho nombres de planta.



Soluciones á los pasatiempos del número anterior.

GEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Peor es meneallo.

PROBLEMA DE AJEDREZ: 1 C 4 A — P C X T; 2 C 3 D — P X C; 3 T 4 T ††

CHARADA: Palabra.

ACRÓSTICO:

B I S O N T E  
B E R M E E I Z O  
L O M B R I Z  
C A L A M O N  
B E S U G O  
T O R T U G A  
A N T I L O P E  
C A M A L E O N  
C E R N I C A L O

FUGA DE CONSONANTES:

Merced, tu cara hechicera,  
con la hermosa cabellera  
juguete del airecillo,  
me encanta como si fuera  
de una virgen de Murillo.

**Correspondencia**

L. P. — Cádiz. — Verá usted que bien empezamos:

¡Ay! ¡ay! que la mare mía  
la otra noche se murió ¡ay! ¡ay!  
y se me quedó muy fría  
porque la dije que yo no la quería.

¡Ay! Me ha obligado usted á sacar el pañuelo.

Poliuto. — Barcelona. — « Los reyes me trajeron una muchacha coloradota, regordeta; pero fué un chasco de los reyes, que son tres, y que los llaman Gaspar, Baltasar y Melchor, porque fui á darle un ósculo y se convirtió en avestruz. »

Eso.

M. S. — Cáceres. — Yo siempre he creído que las décimas tenían diez versos, desde Epinel á nuestros tiempos. Puede usted mandar una Memoria á la Academia, demostrando la necesidad de que se escriban décimas de siete; y ya en el camino de las reformas, quintillas de tres (versos, se entiende). Entran menos consonantes y siempre es una ventaja para los poetas malos.

T. V. G. — Hellin — « Lo que pasó entre los dos  
Sólo lo sabe la luna... »

Y la luna, como si lo viera, tan indiferente. ¿Qué le importan á ella... ni al público esas indiscreciones?

Vanitas. — Barcelona. — ¿Qué es usted muy amigo de un crítico á la vez amigo mío? No caigo, francamente, pero en fin, por muchos años, y cuando le vea usted, salúdele en mi nombre. No olvide ponerme á los pies de su señora, si es casado, y besos á los niños. Además, repase usted la ortografía y hallará que *heror* no se escribe así; porque ya se dijo que va mucha diferencia de errar á ir herrado.

A. S. — Gerona. — Recibí tu carta; esa ventaja te llevo, porque no podrás decir que has recibido tú la mía. La escribí cuando se anunció que terminaba la guerra de Filipinas, quedó en el bolsillo, y luego, leyéndola, hice propósito de no mandártela, porque la noticia resultaba *fiambre*. Vuelvo á escribir. Tu cuento ha gustado mucho.

Palique. — Gata. ¿También en Gata hay poetas? — V. B., Barcelona. Imposible. — C. P. D., Portugalete. No. — Toma hierro, Madrid. Si, si, cuidarse mucho. — J. F. P. No. — F. C., Madrid. Sigo negando. — D. S. C., Valencia. Flojo. — M. L., Barcelona. Reflojo. — Sandio., Barcelona. En lo único que ha acertado usted, es en la elección del pseudónimo. *Et sic de cæteris*, hasta la semana próxima.

**TOSSES REBELDES  
CATARROS  
BRONQUITIS  
TISIS**

Se curan con las CÁPSULAS V. VINARDELL

De venta, en la Farmacia Universal, Calle Escudillers, núm. 61, y Gignás, núm. 32

**LA SAETA**

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año . . . . . 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.



# El Mundo Cielista

Calle Aribau, 2

## Velódromo especial de aprendizaje

(Junto á los jardines de la Universidad)

Alquiler, enseñanza, custodia  
y reparación de bicicletas.

Baratura, prontitud y solidez  
en las composturas.

\*  
CUPON  
\*

### CUPON PRIMA

\* Regalo á los compradores  
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

#### CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor.  
Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

#### EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal. Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**

\*  
CUPON  
\*

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA



# LA SAETA



20 cénts.

¡Locuras de Carnaval  
con espasmos de placer!  
¡Cuántas ilusiones antes!  
¡Cuántas lágrimas después!

Núm. 376

OBRAS DE PONSON DU TERRAIL

**El Herrero del Convento**  
2 tomos

**Los Amores de Aurora**  
2 tomos

**La Justicia de los Gitanos**  
2 tomos

**Los dramas de París**  
5 tomos

1.º La Herencia Misteriosa. — 2.º Sor Luisa, la Hermana de la Caridad. — 3.º El Club de los Explotadores. — 4.º Turquesa la Pecadora. — 5.º El Conde de Artoff.

**Las Hazañas de Rocambole**  
4 tomos

1.º Carmen la Gitana. — 2.º La Condesa de Artoff. — 3.º La Muerte del Salvaje. — 4.º La Venganza de Bacará.

**El Manuscrito del Dominó**  
4 tomos

1.º Los Caballeros del Claro de Luna. — 2.º La Vuelta del Presidiario. — 3.º El Testamento del Grano de Sal. — 4.º Daniela.

**La Resurrección de Rocambole**  
5 tomos

1.º El Presidio de Tolón. — 2.º La Cárcel de

Mujeres. — 3.º La Posada Maldita. — 4.º La Casa de Locos. — 5.º ¡Redención!

**La última palabra**  
de Rocambole  
7 tomos

1.º La Taberna de la Sangre. — 2.º Los Estranguladores. — 3.º Historia de un Crimen. — 4.º Los Millones de la Gitana. — 5.º La Hermosa Jardinera. — 6.º Un drama en la India. — 7.º Los Tesoros del Rajah.

**Las Miserias de Londres**  
5 tomos

1.º La Maestra de Párvulos. — 2.º El Niño Perdido. — 3.º La Jaula de los Pájaros. — 4.º El Cementerio de los Ajusticiados. — 5.º La señorita Elena.

**La Prisión de Rocambole**  
2 tomos

1.º — Los Amores de Limosino. — 2.º Los Subterráneos de la Cárcel.

**La Cuerda del Ahorcado**  
2 tomos

1.º El Loco de Bedlan. — 2.º El Hombre Gris.

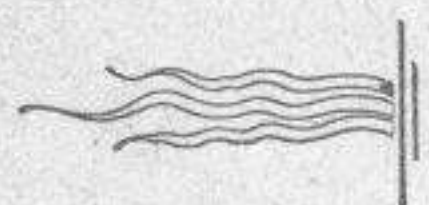
---

---

**LAS TRES CIUDADES**

**LOURDES - ROMA - PARIS**

última producción de EMILIO ZOLA



**PARIS.** Tercera y última parte de la trilogía

Encuadernado en rústica . . . . . 16 reales  
» » tela inglesa . . . . . 24 »

Dirigir los pedidos acompañados de su importe en libranzas de Giro mutuo ó sellos de correo de España, á la Casa Editorial MAUCCI. — Consejo de Ciento, número 296. — Barcelona